

Para la ejecución del plan, fijóse el primer día festivo, que era el 18 de Enero, á las seis de la mañana, á cuya hora acudiría á la Puerta del Sol el regimiento de Aragón, 2.º ligero, rompiendo inmediatamente el toque de generala para reunir la milicia y el toque de rebato en algunas iglesias, habiéndose comprometido para sacar la tropa del cuartel el oficial del indicado regimiento don Cayetano Cardero.

Una vez presas las autoridades, los mismos que se hubiesen apoderado de los ministros habían de marchar á palacio por la plaza de Oriente y desde allí adelantarse una comisión para pedir á S. M. la completa aprobación de todas las peticiones del estamento de procuradores, y la separación y el destierro de los ministros por enemigos manifiestos de la sanción de aquéllas; designaríase á la Reina los nuevos consejeros; se le suplicaría que expidiera un decreto llamando á las armas á todos los españoles para combatir á los facciosos, y una vez obtenido el asentimiento real y publicado por los nuevos secretarios un manifiesto á la nación, la tropa sublevada volvería en su mayor parte á los cuarteles, encargándose el general Quiroga del mando de Castilla la Nueva y Palarea del Gobierno militar de Madrid.

Entre los conspiradores de uno y otro bando del partido liberal concertóse aunar sus fuerzas para obtener de este modo la más pronta caída del Ministro de la Guerra, pero los exaltados, que conocieron que únicamente se les buscaba para que sirviesen de instrumento, si bien aparentaron deseos de secundar el proyecto, reserváronse, mediante lanzar grandes masas á la calle, dirigir el movimiento á su gusto y sacar del suceso todo el partido posible.

Como consecuencia natural, el secreto de la conspiración no podía ser guardado como exigían las circunstancias, y la víspera del alboroto, Llauder tuvo conocimiento de lo que se tramaba.

Sin embargo, éste no dió á la noticia importancia alguna, limitándose únicamente á dictar algunas disposiciones militares que se encargaron al coronel del regimiento de Aragón y por éste al jefe de los conjurados Cardero.

No por eso éste, de acuerdo con los sargentos primeros y el subteniente Rueda, dejó de realizar su propósito á la hora convenida, sacando del cuartel á setecientos soldados, y encaminándose á la Puerta del Sol. Allí sorprendió la guardia del Principal situada en la Casa de Correos, apoderóse del edificio y redujo á prisión á los agentes de policía

y jefes no comprometidos que se presentaban.

También los milicianos nacionales, que al toque de generala se reunían, eran conducidos á los puntos señalados, y un grupo de paisanos armados fué enviado contra la casa del Capitán general, cargo que desempeñaba entonces don José Canterac, el cual, creyendo que su sola presencia bastaría para sofocar la sublevación, dirigióse á pie al Principal, acompañado de su ayudante.

Llevado por su enojo increpó duramente á Cardero, llegando al punto de poner las manos en el rebelde oficial y el teniente coronel que con éste estaba, y á la orden para que se entregase arrestado arranca la espada que ceñía el primero y se acerca á la fuerza que estaba formada y con voces y golpes obliga á los soldados que habían preparado sus armas, á ponerlas al hombro.

Empero á sus aclamaciones al Estatuto real, contestan la tropa, los urbanos y los paisanos con gritos de ¡viva la libertad! Y cuando, sin duda exasperado, grita dos veces ¡viva el Rey! suenan algunos tiros entre los amotinados y el general cae muerto.

Los amotinados se asustaron con este suceso, y Cardero, solo con su tropa, pudo conocer lo peligroso de su situación, pues los ministros no llegaban presos ni en parte alguna era secundado el movimiento.

Después de algunas horas pasadas como en negociaciones, en las que protestó de su lealtad y de la de todos los suyos á la Reina Gobernadora y á su augusta hija, Llauder se encaminó contra los sublevados á la cabeza de una columna, dando orden para que otras fuerzas de tropa y de milicia urbana los atacasen por diferentes puntos.

Las intimaciones de rendición fueron rechazadas y entonces empezaron los cañonazos, causando algunas desgracias entre los curiosos.

Sin embargo el ataque cesó en breve por órdenes dictadas en palacio contrarias á las de Llauder que tuvo que resignar el mando en el general Bellido, gobernador de la plaza, por haber sido él llamado para asistir al Consejo de Ministros.

Bellido hizo romper de nuevo el fuego, pero un batallón de milicia urbana que formaba parte de una de las columnas de ataque, en vez de contribuir á éste, había entablado amistosas relaciones con los rebeldes, y el general Sola por su parte también, acercóse á la Casa de Correos para hablar con Cardero.

Estas muestras de simpatía por los sublevados dieron por resultado una nueva suspensión de hos-

tilidades, que aprovechó Cardero para dirigir una exposición al estamento de procuradores, dando cuenta de los motivos del alzamiento.

Sin embargo, la Asamblea, que estaba muy prevenida en favor de los sublevados, no pudo enterarse de ella por cuanto que Argüelles, sea de intento, sea casualmente, derramó el tintero sobre la exposición, dando lugar á que se desvaneciese la duda acalorada de si en aquella sesión debía darse ó no cuenta de aquel documento.

Las negociaciones continuaban entre tanto y muchos eran los prohombres que acudieron á la Casa de Correos á hablar con Cardero, que tenazmente se negaba á rendirse.

El Gobierno entonces, si bien veía que el plan había fracasado, no pudo menos de considerar que los demás conjurados estaban alerta, que la milicia manifestaba abiertamente sus simpatías por aquéllos y que eran muchos los cuerpos de la guarnición que estaban comprometidos.

Así fué que prefirió otorgar débil y cobardemente la capitulación que á la fuerza sublevada le plugo exigir, antes que consentir la deseada salida de Llauder del Ministerio.

Decíase en ella que había de correrse un velo sobre los acontecimientos de aquel día, que á todos serían conservados sus respectivos empleos sin que se les pusiera la menor nota en sus hojas de servicio, ni se les dirigiese cargo alguno por aquellos sucesos, que Cardero saldría al frente de sus soldados con tambor batiente y bayoneta armada hasta fuera de la población, y que allí, colocándose en el punto que por su clase le correspondía, seguiría la marcha á incorporarse con el ejército del Norte.

Una vez publicada la capitulación, las tropas entraron en la Casa de Correos y el regimiento sublevado, al son del himno de Riego, atravesó la coronada villa aclamado por la multitud.

Después de estos sucesos, la situación del Gabinete se hizo más precaria todavía, pues por todas partes y por todos, se veía acusado y combatido.

Finalmente, Llauder, no sin haber antes extendido las órdenes de separación del ejército, de Cardero y licenciamiento de los sargentos que le siguieron y nombrado el fiscal que había de conocer la causa instruída contra los matadores de Canterac, presentó su dimisión, que fué admitida, volviéndose en seguida á la Capitanía general de Cataluña.

No se limitó solamente á esto la variación que sufrió el Ministerio, puesto que fueron sustituidos los ministros del Interior y de Gracia y Justicia por

don Diego Mediano y don Juan de la Dehesa respectivamente, y poco tiempo después, el 17 de Febrero, Martínez de la Rosa cesaba en su interinidad en la Secretaría de Guerra, que fué confiada al teniente general don Jerónimo Valdés.

Este nombramiento, en unión de otras acertadas disposiciones, reanimaron algún tanto, por el momento al menos, las desalentadas esperanzas de todos.

Efectivamente, en el corto espacio de aun no dos meses, las Cortes votaron ciento cincuenta millones para atender á la guerra, publicóse la ley de milicia urbana, permitiendo movilizar parte de sus batallones, organizáronse cuerpos francos, creóse en Castilla un ejército de reserva bajo el mando del general don José Santos de la Hera y se revistió al ministro Valdés del mando supremo de todas las fuerzas de cualquiera clase que fuesen, existentes en Navarra, Provincias Vascongadas, Castilla la Vieja y Aragón, sin embargo, en el bien entendido de que, aun cuando bajo la dirección del ministro, los generales en jefe del ejército de operaciones del Norte y del de reserva de Castilla y los capitanes de las referidas provincias continuaban en el mando de sus respectivas tropas.

Pero no debió ser del agrado de Mina esta combinación ó que quizás se resintiese por ella, ó según dijo, por motivos de salud, presentó dimisión del mando que, admitida por S. M., recayó en el mariscal de campo don Manuel Benedicto.

En este mismo año, y por mediación de Lord Elliod, tuvo lugar el tratado que tomó su nombre, del mediador entre los jefes de los ejércitos liberal y carlista, para dar cuartel á los prisioneros y canjearlos en lo sucesivo.

Tristemente célebre fué este año de 1835, puesto que en él tuvo lugar también la quema de los conventos y subsiguiente matanza de los frailes, siendo distintas las asonadas en diversos puntos, muriendo asesinado también en Barcelona el general don Pedro Nolasco Basa.

Á semejanza de lo que sucede á las criaturas mucho tiempo encerradas, que al recobrar su libertad el mismo exceso de ella les arrastra á cometer actos que, en resumen, no tienden más que á empeorar su situación, del mismo modo el partido liberal al penetrar, digámoslo así, en la vida pública, tanto y tanto quería avanzar en su carrera que sólo conseguía con ello retrasar doblemente el triunfo de sus ideales.

El 15 de Agosto estalla en Madrid el movimiento que había cundido ya por las provincias,

reclamando el restablecimiento de la Constitución de 1812; en Septiembre llega á España don Juan Álvarez y Mendizábal, á quien se encarga la formación de Ministerio compuesto de elementos liberales; el programa de éste es altamente conciliador y levantado; decretase el empréstito forzoso, la quinta de cien mil hombres, la requisición de caballos, y el espíritu público parece reanimarse y prueba de ello que ambos estamentos conceden un voto de confianza al Ministerio, el cual antes de esto había decretado ya la supresión de los jesuitas y la de todos los conventos de las demás órdenes en que hubiera menos de doce individuos.

Nuevo Ministerio sucede en Mayo de 1836 al de Mendizábal, y del mismo modo que Istúriz había sustituido á Mendizábal, Calatrava sucede á aquél, que en esto de cambiar de Ministerios España desgraciadamente guarda cierta analogía con coqueta dama que se fastidia pronto de las adoraciones de sus amantes.

¿Y qué sucedía en las provincias teatro de la guerra, entre tanto que en la candente atmósfera de la Corte los hombres de gobierno se gastaban inmediatamente y las ambiciones y las impacencias ponían repetidos obstáculos al bienestar general?

Los combates eran repetidos, los cambios de generales se sucedían con extraordinaria rapidez, resultando de esto que el plan de campaña dispuesto por el uno, era desechado por el otro, y todo ello no constituía más que un retraso en las operaciones.

Por supuesto, que las mismas divisiones, las mismas intrigas, los mismos desaciertos que reinaban en el campo liberal existían también entre los carlistas, y merced á esto, ni unos ni otros podían obtener ventajas decisivas.

Heroicas fueron las defensas hechas por algunas poblaciones contra los carlistas, importantísimos los sacrificios de todo género hechos por los liberales; pero á pesar de esto, la guerra se mantenía, las luchas de las diversas fracciones esterilizaban los esfuerzos hechos en los campos de batalla, y la nación se hallaba en un estado de abatimiento imposible de describir.

Que la causa liberal tenía más prosélitos que la carlista, esto es indudable, porque el espíritu de la época no admitía ya el retroceso, los efluvios de libertad de otros pueblos habían llegado á España y el poder vivificante implantado en nuestro territorio, no era ya posible destruirlo.

Puesto Espartero al frente del ejército, las operaciones emprendieron otro rumbo; y como que el

espíritu general lo mismo en uno que en otro partido iba cansándose ya de tan prolongada lucha, no era difícil prever que, en un plazo no muy lejano, había de verificarse un cambio radical en los destinos del país.

Según ya hemos dicho, en el campo carlista eran más hondas las divisiones que entre los liberales, toda vez que dentro del mismo partido, eran dos los elementos que se combatían, poderosos ambos y con los cuales había querido estar contrabalanceando el Pretendiente.

El elemento teocrático y el militar, hacíanse una guerra encarnizada, y si momentáneamente triunfaba uno de ellos, no era difícil predecir que el triunfo del otro no se haría esperar mucho.

Esta lucha que se sostenía en la corte del Pretendiente, no tenía otro remedio que dar un deplorable resultado, y el general Maroto, profundamente disgustado viendo las veleidades de su señor, su falta de decisión, las enemistades con que tenía que luchar y quizás adivinando que el término de la guerra, dado el empuje que daban los liberales á sus operaciones, se acercaba, manifestó á don Carlos deseos de retirarse del mando que ejercía.

Falto de tacto el Pretendiente en aquellos momentos, que precisamente eran muy difíciles, con su proceder dió lugar á que, cansados muchos de sus partidarios, fueran estrechándose las distancias que separaban á los carlistas de los liberales, hasta que por fin comenzaron las inteligencias entre Maroto y Espartero.

El general de don Carlos quiso durante algún tiempo sostener un proceder ambiguo así con su señor como con el jefe del ejército liberal.

Pero éste conocía muy bien la situación en que se encontraban los carlistas, sabía lo que pasaba en la corte de don Carlos y se movía con alguna lentitud no queriendo apretar demasiado, seguro como estaba de que el final sería el que se había prometido.

Para esto le ayudaba en gran manera el mismo espíritu de las provincias que estaban por espacio de tantos años sufriendo los horrores de la guerra, y que estaba ya cansado.

Los deseos de Maroto de dejar el mando, dice un historiador, fueron al fin atendidos por don Carlos; pero ya no era tiempo, dice el jefe carlista, y se negó á obedecer.

Reemplazábale el conde de Negri; empezó á comunicar órdenes y sorprendió y arrestó á las compañías de la escolta del general depuesto, que éste había situado al pie de la cuesta de Vergara,

para observar el movimiento del cuartel de don Carlos.

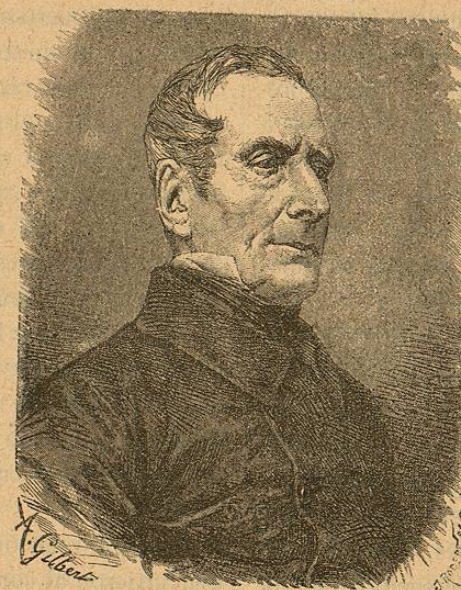
Maroto envió al momento á los comandantes Lassala y Cuevillas con alguna fuerza á prender al conde de Negri y á Silvestre; pero sólo prendieron al primero por haberse fugado el segundo: llevado á la presencia de Maroto, después de la entrevista que tuvo con él y en obsequio á la amistad que le profesaba, le puso en libertad, aconsejándole marchara inmediatamente á Francia avisando antes á don Carlos que no contara ya con los servicios de Maroto.

Quédale aún algunos recursos para sostener su causa, le añadió, si reuniendo todas las fuerzas que quisieran seguirle intenta unirse con Cabrera por el

Alto Aragón, para lo cual no debía perder un solo instante, pues de lo contrario debería salvarse en Francia y excusar el último é inútil derramamiento de sangre española.

Don Carlos procuraba en tanto atraerse algunas fuerzas; pero se negaron muchos que descaban seguir la suerte de sus jefes comprometidos con Maroto.

No por esto desistía el infortunado príncipe de contrariar las disposiciones de su jefe de E. M. y hasta afirma éste mismo que alguno de los consejeros de don Carlos intentó sobornar al facultativo que asistía á Maroto, para que le envenenase; pero si esto es exacto, desde luego afirmamos que no tendría la menor intervención don Carlos.



ALFONSO DE LAMARTINE.

Era buen cristiano, para autorizar siquiera tal crimen.

Tal situación, añade este mismo jefe, exigía una resolución pronta y eficaz, y se decidió á atacar á Espartero que se hallaba entre Vergara y Oñate; pero se negaron las tropas nuevamente á batirse porque deseaban la paz, y tuvo que renunciar Maroto al recurso de combatir.

Era ya imposible la lucha; estaba demasiado arraigado el deseo de la paz, y los jefes de las divisiones vizcaína y guipuzcoana autorizaban á Maroto para que se la diera, era ya una necesidad; y sin embargo aun vacilaba Maroto, aun no sabía qué hacer.

Con miedo para hacer de víctima, no tenía el suficiente valor para ser héroe; merecía compasión.

Al ver Espartero esta perplejidad, continuó su propósito de seguir avanzando y no parar hasta Oñate, centro del campo carlista; y aun para esto, no eligió el camino más á propósito, sino el más difícil, porque era el más corto, y así lo anunció á su enemigo, para que le esperase, si se atrevía.

No podía ser más profunda la convicción que el jefe liberal tenía de lo acertado de su plan.

Dijo más Espartero, y fué que donde quiera que encontrase á los carlistas los había de arrollar y destruir.

Consecuente á lo que ofreciera, marchó á Vergara por Elgueta y ocupó la villa; de aquí se dirigió á Oñate, y al anunciarle en el camino que un ayudante de Maroto solicitaba con instancia ha-